

## APÉNDICE II

### RESULTADO FINAL DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA NO CRISTIANA

1. **La pretendida grandeza de los genios no cristianos.**—Es indiscutible que gozaron poco de la vida los antiguos, y que no alcanzaron el fin á que debe llegar el hombre; ni los mejores de ellos tuvieron energía para desprenderse de las seducciones del mundo, para recorrer un camino mejor que les permitiera cumplir la obligación verdadera impuesta á la humanidad, y llegar así á la felicidad natural. Y ¿dónde están sus admiradores pasados y presentes? ¿Han conseguido llegar á ser hombres completos y dichosos los modernos que han seguido el mismo camino que los antiguos? Lo dicen y no se cansan de repetirlo, pero semejante afirmación es sólo propia de ciertos espíritus que se han pegado á dos principios, cuya escasa solidez conocemos lo bastante. Sola la antigüedad, dicen, trabajó por llegar á la verdadera humanidad; al desaparecer aquélla, todo volvió á la barbarie; hace ya dos mil años que vive el mundo en la discordia, desgarrándose interiormente. Acaso ¿puede tener otros resultados que la falta de reposo y el desproporcionado desarrollo de las humanas energías, un estado que, por un lado, ambiciona ardientemente fines situados más arriba de esta tierra, y no puede, por otro, desarraigarse jamás la naturaleza sensible? Nuestros grandes talentos modernos, yendo á la cabeza nuestros poetas, debieran haber tomado la heroica resolución de renunciar á esa especie de incitable equilibrio entre lo natural y lo sobrenatural; debieran haber concebido al hombre como los antiguos, esto es, como un ser pura-

mente natural, con la única y simplicísima obligación de ennoblecer su vida sobre la tierra y de ocupar dignamente su lugar aquí abajo. Y parecía que era el único camino posible, por el cual pudiera llegar el hombre á la perfección y á la felicidad. Debieran también nuestros grandes talentos haber comenzado por presentar las pruebas. Porque, después de los grandes días de la antigüedad, no ha visto el mundo hombres tan grandes y en tan perfecta armonía consigo mismos, hombres verdaderamente completos como esos semidioses modernos, llenos de clásica tranquilidad y de olímpica suficiencia, tales como Goethe, Schiller, Humboldt y *tutti quanti*.

2. **Imposibilidad de igualar á los antiguos, apostando del Cristianismo.**—Son muy gruesas estas palabras y necesitan apoyarse en pruebas muy sólidas para que les demos fe. Porque si son, como hemos visto, de tal naturaleza la perfección y la felicidad de los antiguos, esto es, vana y espantosa realidad que forma el más singular contraste con las imaginaciones exaltadas de los exagerados panegiristas de la antigüedad, es *a priori* permitido aventurar la presunción de que nada van ganando los modernos abandonando el orden de cosas más elevado que ha traído el Cristianismo para volver al antiguo paganismo. Menos malo es no alcanzar un fin que jamás se ha podido conocer bien. Es cierto que en tales circunstancias no será muy considerable la felicidad; pero el que en este estado se encuentre, será menos desgraciado que el que sabe que debe llegar á un fin más elevado y que puede llegar á ese fin, y que por su culpa puede dejar de llegar á conseguirlo. Por eso, dejar un verdadero bien y de un orden superior que se tiene á mano, es bastante diferente y mucho peor que lanzarse á apariencias engañosas.

Evidente es que á nada puede conducir absurdo semejante, y que no puede tener otra consecuencia, sino hacer caer en doble error; y esa es la desgracia inevitable de los que han sido favorecidos con los beneficios de la fe, y que, después de haber vivido conforme al deber que se nos ha



impuesto después de la revelación, han dado un paso atrás, y han querido gobernarse por los principios que estuvieron en vigor antes del Cristianismo. Les falta el fin sobrenatural, y no alcanzan al fin natural. Por eso resueltamente decimos que á los modernos que han apostatado de la religión cristiana, y que han vuelto al humanismo y al paganismo, les es absolutamente imposible alcanzar á los antiguos en el terreno puramente natural, y tener parte en la perfección y en la felicidad naturales, hacia las cuales habían remontado ellos su vuelo. Como ya hemos visto, tampoco alcanzaron su fin los antiguos; nos lo repiten ellos millares de veces con el más amargo sentimiento; mas como estaban de buena fe, sin prevenciones, á lo menos se movían sobre el terreno, y podían llegar á resultados que jamás tocaremos nosotros, si nos volvemos á ellos, renegando conscientemente del estado más perfecto que hemos conocido. Importantísima verdad que hallaremos con frecuencia confirmada. Pero nuestro deber hoy es mostrar que nuestros modernos que se hacen eco de los antiguos, ocultan bajo brillantes apariencias más profunda herida y mayor falta de felicidad que la que hemos visto en la antigüedad. Y esto vamos á hacer.

**3. Las tres leyes fundamentales de la cultura natural.**—Aun cuando eleven la naturaleza cuanto puedan los enemigos del Cristianismo, aunque rebajen á su gusto también el orden sobrenatural, jamás harán que mienta el axioma que en estos términos expresa el poeta árabe:

«Dos naturalezas tiene  
 »La humanidad, buena y mala  
 »Entre sí son enemigas...» (1)

No ha creado el Cristianismo esa lucha que se traba en el interior de la naturaleza humana; antes de su aparición, ya la experimentó el mundo, y sea cristiano ó no, la lleva ya consigo el que llega á la luz. Sabemos que no es propia de la verdadera naturaleza del hombre tal cual salió originariamente de las manos de Dios; pero es así ahora,

(1) Abú l' Atahya (Kremer, *Culturgesch. des Orients*, II, 375).

y debe contar con ella el que aspira á la perfección. Es verdad también que ni la ha olvidado ni la ha negado el mundo: en los siguientes versos nos lo ha dicho el poeta griego:

«Os pegáis á los bienes de la tierra,  
 »Renunciando á la dicha, á la ventura;  
 »Los mandatos de Dios omnipotente  
 »Con corazón y mente  
 »Despreciáis, y olvidáis que sois su hechura.  
 »Quien sumiso á su Dios aquí obedece,  
 »Su nobleza, su honor, su gloria acrece». (1)

Tampoco ha inventado el Cristianismo esta máxima; en la razón y en la conciencia la encuentra el hombre al llegar al mundo; no ha hecho el Cristianismo más que confirmarla y ratificarla, como lo ha hecho con otras muchas cosas conocidas también sólo por las vías naturales; las ha inculcado de nuevo, después de purificarlas de todos los errores, y no pueden reivindicarla como máxima propia las verdades cristianas reveladas tomadas al pie de la letra. Por eso tiene algún valor entre los que jamás han oído hablar de la revelación, y con mayor motivo entre los que le dan la espalda á pretexto de volver al paganismo, y esto, según creen, para descargarse del peso de ley cristiana.

Resulta de aquí que tiene tres clases de deberes el que quiere alcanzar no más que el fin natural de la perfección y de la felicidad humanas (porque no hablamos aquí del fin sobrenatural). Debe secundar todos los verdaderos y legítimos esfuerzos de su naturaleza. Debe extirpar ó purificar todas las inclinaciones malas y poco nobles que lleva consigo. Debe dirigir hacia Dios su vida entera, y poner por obra todas las leyes divinas que halla escritas en su razón y en su conciencia. Todo esto es puramente natural y fundado en la naturaleza humana. Y porque no es natural al hombre la corrupción que ha penetrado en la naturaleza humana, contra ella reclama ayuda y protec-

(1) Kleanthes, *Hymn. in Jovem*, 23 y sig. (Mullach, *Fragm. philos. Græc.*, I, 151).



ción la sana naturaleza. Y porque no se basta á sí misma la naturaleza del hombre, ni se perfecciona, sino dirigiéndose á su fin, le es necesario aspirar con todas sus fuerzas á identificarse con aquel fin, esto es, con Dios, por el cumplimiento de su voluntad y por la imitación de sus perfecciones. Si así se comprende el hombre, está en vías de perfección y de felicidad, si no, llegará á ser peor de lo que es en la actualidad; y esto en detrimento de su verdadera perfección y de su verdadera felicidad.

**4. Lo sobrenatural. Lo supra-sensible. Lo natural. La apostasía de los fines naturales destruye la naturaleza y la felicidad.**—Son doctrinas éstas con las cuales, nunca nos cansaremos de repetirlo, nada tiene que ver el Cristianismo. Se cree que se las puede rechazar con la breve fórmula de que uno no quiere obligarse con lo sobrenatural. Pero, ¡si estamos aquí muy lejos de hablar de lo sobrenatural! Es verdad que el Cristianismo enseña verdades y deberes sobrenaturales, como enseña á conocer y á alcanzar el fin sobrenatural; pero todo eso es de naturaleza muy diferente de lo que al presente tratamos. Nadie puede prescindir de las verdades, de los deberes y del fin de que se trata actualmente, ni aun cuando con tanta falta de razón se pretende no tener que ver nada con lo sobrenatural. Hay verdades supra-sensibles, ó espirituales; hay grandes deberes impuestos por una moral superior; hay un fin colocado más allá de esta vida. Á todo esto está obligado el hombre, aun cuando no sepa una sola palabra de lo sobrenatural; todo es completamente natural, pues no es sobrenatural lo supra-sensible; ¡bien lejos está de serlo! Hay un mundo del espíritu, mundo inmensamente grande, superior á las investigaciones de los sentidos, pero perfectamente accesible á la razón y á la conciencia puramente naturales del hombre. Ex-tiéndese el mundo natural hasta los últimos límites del dominio que puede escudriñar la naturaleza espiritual, y por eso son puramente naturales todas las verdades que hemos examinado hasta ahora por profundas y sublimes

que aparezcan. La existencia que debé el hombre á Dios, la inmortalidad de ese mismo hombre, la razón de vivir, no para sí, sino para el ser infinito al cual debe dar un día cuenta de sus actos, y del cual ha de recibir la recompensa ó el castigo, todo esto y algo más todavía, es completamente del orden natural. Obligan, por tanto, á todos los hombres que llevan consigo la naturaleza humana, y mientras no se desembaracen de esta naturaleza, pesarán sobre sus espaldas con todo el peso del deber, las obligaciones de que acabamos de hablar.

Obligado está el hombre á escoger entre estas dos alternativas: ó vivir conforme á su naturaleza, y por lo tanto, conforme á lo que exige Dios de él, reconociendo el fin de esa naturaleza con todos los deberes que le impone ese conocimiento, ó, si así no lo hace, violentar su misma naturaleza. Resulta de ahí la completa imposibilidad de no considerar á Dios como fin del hombre, ó de renegar de él; la completa imposibilidad de descuidar los deberes que se imponen al hombre, sin privarse, de un lado, de la felicidad que no puede obtener, sino alcanzando su verdadero y último fin, y de otro, sin dejar que se atrofie en él la mejor parte de su naturaleza.

Nadie puede extrañar que la historia de los tiempos no cristianos, y principalmente la civilización de épocas que han rechazado la religión cristiana, encierren tantas cosas directamente opuestas á la naturaleza. Debía suceder así. El que se atreve con el dueño y con el fin de la naturaleza, se atreve con la naturaleza misma; pero el que violenta la naturaleza, debe reconocerse culpable, si «de él se venga la naturaleza y le paga con la maldición y el infortunio». (1)

Y al hablar de este modo, decimos cuál es la suerte de toda civilización olvidada de Dios.

Hemos hablado ya de la antigua.

Una ligera mirada á la nueva nos mostrará que tampoco ella ha conseguido impunemente prescindir del orden del mundo tal cual lo estableció Dios.

(1) Sabiduría, V. 18; XVI, 24.



5. Negación del verdadero ideal en la literatura moderna.—Jamás se atrevieron los antiguos á sustraerse completamente á la idea de un ser soberano; pocos ateos produjo la antigüedad, y á los pocos los marcó con el estigma del desprecio, de tal modo que indica bastante que en la antigüedad era considerado el ateísmo como el más grande y el más abominable de los crímenes conocidos. Parece que, á nombre de todo el mundo antiguo, fué hecha la profesión de fe de Arato: «Dios debe estar al principio de todas las cosas; jamás debe comenzarse algo sin que á ello vaya unido el nombre de Dios. Todo está lleno de Dios, el hogar doméstico y el movimiento ensordecedor de la plaza pública. El mar y las murallas de las plazas fuertes nos exhortan á suplicarle que nos ayude y favorezca». <sup>(1)</sup> En aquella época, estaba lleno de Dios el mundo, y, aun diremos, demasiado lleno; de aquí que la literatura estuviese también completamente impregnada de él. No podemos, sin ruborizarnos, poner nuestros clásicos modernos al lado de los clásicos antiguos; ¡tan vacíos están de Dios, y, por lo mismo, tan vacíos de todo lo que sea elevado! Razón tiene Simrock, cuando, al hablar de ellos, se expresa en los siguientes términos: «Ahora tenemos que habérmolas con los modernos paganos: no tienen un cielo poblado de divinidades; pero, como no conocen el *más allá*, con gusto harían de esta tierra la morada de todos los demonios. Comparados con ellos, eran morales, piadosos y creyentes los antiguos, y santo y sublime el antiguo paganismo». <sup>(2)</sup>

Los mejores, ó menos malos, son los que evitan encontrarse con Dios en su camino, ó temen pronunciar su nombre, como si fuera una palabra inconveniente que no puede invocar ningún hombre de corazón. Ha dicho de Alejandro de Humboldt un talento cáustico, que «le parecía aquel hombre como el que visita una casa, una biblioteca, las colecciones y el parque de un gran señor; pe-

(1) Aratus, *Phœnom.*, 1-4.

(2) Simrock, *Deutsche Mythologie*, (2), 166.

ro que no tiene bastante educación para creer conveniente pasarle la tarjeta». Desgraciadamente falta ese sentimiento de educación á casi todos los jefes de la literatura moderna; y podemos darnos por satisfechos, si sólo se portan groseramente en la casa del señor, porque muchos de ellos no se contentan con dejar á un lado desdeñosamente á Dios sin dirigirle la palabra; no omiten ocasión de burlarse de Él y de blasfemar, y si no encuentran ocasión oportuna, la crean y la traen por los cabellos.

Nuestra literatura está animada, no sólo de indiferencia contra Dios, sino de verdadero odio. La tercera República francesa ha llegado á prohibir en las escuelas las ediciones de los antiguos clásicos en que no se había borrado el nombre de Dios; para los enemigos de Dios, son demasiado cristianos los paganos.

Según esto, fácil es calcular qué fin y qué ideal pueden perseguir una cultura y una formación de los espíritus que brotan de tales medios.

En verdad, ¿cuál puede ser el ideal á que llegaron, no los Goethe y los Schiller legendarios, sino los Goethe y los Schiller históricos, que vivieron realmente lamentándose de que el Dios de los cristianos, ese Dios sin estética, hubiera destronado á los bellos dioses de la Grecia, digámoslo de una vez, á la Venus de Chipre, pues no sabían qué hacer de los demás? Y ¿qué ideal también para nuestra juventud, si la educamos con semejantes obras, si le inculcamos siempre esta misma idea, haciendo ver que en ella recogerá las más bellas flores de la moderna civilización, y encontrará los modelos de una humanidad verdadera y completa? Ciertamente que no podemos extrañarnos lo bastante de la ceguedad de nuestros tiempos; quéjase todo el mundo de que han desaparecido los sentimientos nobles y elevados, y se asusta ante la insubstancialidad y la impiedad que conducen á los niños á aventajar á los pecadores más endurecidos; pero nadie piensa que es imposible que suceda de otro modo, si se familiariza á los jóvenes, y sobre todo á las jóvenes, con una literatura de que no pueden



sacar sino el desprecio de la religión y de Dios, si no tienen insensibilidad de alfajía. Para muestra, véase el lenguaje de Byron: «Pues bien, si para ser feliz he de perder mi dignidad por el arrepentimiento, por la confesión franca de todos mis pecados y la sumisión á Dios, os diré:

«Sed felices solos.  
»Vuestra felicidad no me acongoja,  
»Si á los míos y á mí postra y sonroja». (1)

Leído esto, ¿podrán los jóvenes ir á confesarse y á humillarse en el tribunal de la penitencia! Algunas páginas después, se leen sobre el temor de Dios y la piedad estas blasfemias:

«¿Por qué de la piedad  
»Pruebas daré, si interminable lucha,  
»Antes que el pan alcance,  
»Con la naturaleza entera debo  
»Sostener? Y ¿por qué de ánimo grato  
»Daré señal? Porque polvo y tierra  
»Soy, y hasta ser en polvo convertido,  
»¿Por el polvo á arrastrarme se me obliga?  
»Si nada soy, permítaseme al menos  
»De hipócrita dar muestras... (2)

¿Podremos esperar encontrar todavía fe y temor de Dios entre hombres que han crecido bajo la influencia de tales ideas, y no han sentido que se les saltaba el corazón? ¿Ó dejaremos que llegue libremente á todas las manos esta literatura para minar en las almas los últimos restos del respeto debido á Dios y á la religión? Cierto que ha sido bien preparado el medio; casi podría creerse que lo ha sido de intento. Apenas si puede imaginarse más enconada blasfemia que la que en los siguientes versos ha expresado Immermann, uno de los primeros apóstoles de la emancipación del mundo:

«Tú también, oh buen Dios, me has agraviado;  
»Sin explorar mi voluntad siquiera,  
»Me has puesto en el teatro del pecado:

(1) Byron, *Cain*, (Boettger, Leipzig, 1847, VII, 134).  
(2) *Íd.*, 203.

»Todo lo olvidaré, sea cualquiera  
»La ligereza loca ó el despecho  
»Con que quisiste herir nuestro derecho». (1)

Según el código de todos los pueblos, tales líneas merecen el verdugo y las llamas; ni los atenienses las hubieran dispensado de tal castigo. Mas entre nosotros, van siguiendo impunemente su camino, y les es permitido matar el ideal y asesinar las almas en tanto número como puedan presentarse; porque sería abominable, si se llegase á decir que nuestra policía reprime con severas penas la libertad de seducción. Déjense, pues, de asustarse cuando la Revolución roja venga en ayuda de la policía, y cuando, para abrir camino más breve á la libertad, incendie barrios enteros en las ciudades al compás de una canción blasfema que, saliendo de las gargantas hambrientas y sedientas del pueblo, no será sino el rudo eco de los versos de nuestros estragados poetas:

«El Dios que mudo y sordo se presenta,  
»Maldito sea. En vano le rogamos;  
»En vano de él auxilios esperamos:  
»De nosotros desprecio siempre ostenta,  
»Nos trata como á locos»...

6. Consecuencias para la vida moral.—Podránse burlar del ideal tanto como quieran para acomodarse á la moda que cada día gana más terreno; pero algo quedará siempre incontestable, y es que del ideal depende toda la vida moral interior. Donde hay un ideal verdaderamente grande, y sólo el ideal religioso es verdaderamente grande é innegablemente durable, la vida de los hombres del pueblo, en las cotidianas ocupaciones que la forman, recibe el sello de la profundidad, de la grandeza y, frecuentemente, hasta de lo sublime; pero donde falta ese ideal, donde ha sido reemplazado por un ideal puramente terrenal, ilusorio é imperfecto, el pensamiento y las inclinaciones de los hombres, aun de los dotados de ciertos talentos y que gozan de gran reputación, dejan vislumbrar tal

(1) W. Menzel, *Deutsche Dichtung*, III, 405.